

Jacopone en un lugar vil, donde entró diciendo alegremente :

*O giubilo del core
che fai cantar d'amore!*

Era la deseada meta de la humillación, el desdén apetecido, la negación de sí propio llevada hasta el paroxismo. De tal raptura del ánimo en Dios, nacen aquellas poesías que, según un historiador reciente de la literatura italiana (24), son poesías de un santo, animado del divino amor. « Ni sabe Jacopone de provenzales, ni de trovadores, ni de códigos de gayera : tales esferas le son ignotas. No cuida del arte, no solicita prez de lengua ni de estilo : antes afecta plebeyo hablar, con tanto placer como hallaban los santos en vestir harapos de mendigos. Una cosa pretende, desahogar su alma que rebosa afectos, exaltada por el sentimiento religioso. Ignora asimismo teología y filosofía : nada tiene de escolástico. Se comprende que poeta tan desusado fuese puesto en olvido del público culto : de suerte, que sus poesías se conservaron, más que como obra literaria, como libro de devoción. Y sin embargo, hay en Jacopone una vena de inspiración límpida, popular y espontánea, que no encontramos en los poetas cultos que le precedieron. Si los mil trovadores italianos hubiesen sentido con el calor y eficacia que de tal suerte inflama el alma religiosa de Jacopone, tendríamos una poesía menos docta y artística, pero más popular y sincera. »

No ignoraba, por cierto, Jacopone filosofía, ni menos teología, pues con tal ahinco la estudió en sus diez primeros años de penitencia : ni cabe tanta luz mística sin otra gran claridad intelectual, ni el rigor

y exactitud de las doctrinas que en algunos poemas desarrolla, dan á entender sino que fuese muy versado en metafísica y ciencia teológica. Él mismo nos dice, en su canción « Udite nova pazzia », el afán con que se consagró á profundizarla, y como no satisfecho ni convencido, pasó de la dogmática á la mística, encontrando rápidamente, por vía intuitiva, lo que el raciocinio no acierta á dar al cansado entendimiento. Resolución que le sugirió un método propio, y franqueóle caminos desconocidos hasta entonces ; mas para seguirlos no necesitó pie menos firme y vista menos perspicaz que para orientarse en los laberintos dialécticos.

Desembarazado ya Jacopone del incómodo peso de los preceptos, libre de los grillos de la tradición artística, dueño de entregarse á su inspiración personal, hizolo con sobrado descuido á veces, pero otras en cambio, con naturalidad embelesadora. Apenas hay ternura y suavidad que á la suya iguale al describir escenas domésticas y sencillas, como el sueño del niño Jesús. « Vamos todos, dice, á ver á Jesús dormido : tal dulzura y gracia brota de su semblante, que hace florecer y reir tierra, aire y cielo » (25).—En otro poema supone el júbilo de la Virgen madre después de su alumbramiento feliz ; y exclama interpeándola familiarmente :

Dime, dulce María, dime con cuánto afán mirabas á tu hijuelo, Cristo mi Dios... Pienso que, tan luego como sin dolor lo pariste, lo primero que harías, fué adorarle : lo pusiste sobre el heno del pesebre, envolviéndole en pañales pobres y escasos, toda llena de pasmo y regocijo.. ¡ Oh cuánto gozo, cuánto bien te hacía tenerle en tus brazos ! ¡ Dímelo, María, por compasión!... Supongo que entonces le besaste el rostro, y dijiste : ¡ Ah, hijo mío !

Ya le llamabas hijuelo, ya padre y señor; ya Jesús, ya mi Dios. ¡Cuán dulce amor sintió tu corazón al lactarle en tu regazo! ¡Cuántos actos dulcísimos de suave ternura!

Si á veces, de día, se quedaba dormido, ibas quedito, muy quedo, y apoyabas tu boca en su rostro y decíasle con maternal sonrisa: No duermas más: basta de sueño (26).

No hay poesía más humana y real que estos versos sagrados: la naturaleza misma debe haber dictado á Jacopone el rasgo delicioso de la madre despertando al niño, estorbándole el sueño diurno á fin de reservarle el de la noche, ó más bien, para que la vea y sienta sus caricias, para *destar il paradiso*, según declara el poeta. Así en Jacopone las cosas divinas nos conmueven, no sólo por medio de los sentidos, sino principalmente del corazón. Los loores de san Buenaventura, que envuelve á la Virgen en rosas, lirios y azucenas, y la ciñe de astros, parecen artificiosos y tibios al lado de la elocuencia de Jacopone, cuando exclama: « Recibe ¡oh mujer! en tu hermoso regazo mis amargas lágrimas; bien sabes que soy prójimo y hermano tuyo, y negarlo no puedes (27) ».

El que canta con tal delicadeza las alegrías maternas, no es menos afortunado al describir el día pavoroso y tremendo que inspiró la oda de Tomás de Celano. « No hallo lugar donde ocultarme, monte, llanura, gruta ni selva: la mirada de Dios me circunda é infunde terror en todas partes... Sonará entonces la trompeta celeste, resucitados serán todos los muertos y llamados ante el Tribunal de Cristo; el fuego ardiente cruzará veloz por los aires (28) ». ¡Cuán enérgicamente traduce la primera estrofa el temor de la conciencia culpable que siente en torno la mirada di-

vina! Pues al lado de estas bellezas que tocan en sublimes, tiene Jacopone caprichosos prosaísmos, como el del cántico 48, en que pide á Dios que *por cortesía* se sirva mandarle « cuartanas, tercianas, dolor de muelas, de cabeza y vientre (29) ». — Con razón opina el historiador ya citado, que la mezcla de trivialidad y grandeza, la tosquedad vulgar y el ardiente idealismo de Jacopone, hacen comparable el conjunto de sus poesías á las catedrales góticas. Así como en éstas se hallan, al lado de sus agujas que ascienden á lo infinito, las gárgolas cubiertas de grotescos relieves y caricaturas; y sobre las naves sombrías el rosetón flameante de luz y los vidrios encendidos con los matices todos del cielo, en Jacopone hay alta poesía y bajo realismo, claridades y tinieblas. Mas si puede negarse á Jacopone la armonía del arte, no así la del pensamiento. No hay poeta más consecuente y acorde consigo mismo. Es siempre el santo, que desdeñando las cosas terrenas, habla de ellas con humorismo satírico, con aquel desenfadado naturalismo que no evitará tampoco el autor de la *Divina Comedia*: pero cuando Jacopone canta el mundo del espíritu, se depura su lenguaje y la poesía se ennoblece sin perder su carácter de espontaneidad. No hay sino ver cuán discreta es la verdad anatómica de la canción *Anima benedetta*, que es fama entonó momentos antes de morir; cuán majestuoso y nitido el *Cántico á María*; qué gallardía y frescura de imaginación en el simbolismo de *Chi Gesù vuole amare*.

Hasta doscientos once cantos se incluyen en la colección de Jacopone; uno de ellos, de cuatrocientos cuarenta versos, es especie de poema teológico, y su asunto la regeneración de la humana naturaleza. Otro, un dramita titulado la *Compasión de la Virgen*, donde

parece que despunta toda la inspiración del *Stabat Mater dolorosa* : no es, en efecto, menos patética, y si muy semejante, la pintura del desconsuelo de la Madre al pie de la Cruz. De las poesías líricas más bellas y originales de Jacopone, es la que celebra la pobreza sin impasibilidad estoica ni soberbia cinica, con sincero y risueño desasimiento (30).

Dulce amor de la pobreza, ¡cuánto debemos amarte!

Pobreza pobrecilla, tu hermana es la humildad: una escudilla te basta para comer y beber.

Esto quiere la pobreza: pan, agua y hierbas solamente si llega convidado, se añaden unos granos de sal.

La pobreza va segura; rencor no conoce, ni ladrones que robarla puedan.

La pobreza llama á la puerta: ni alforja ni bolsa tiene: nada lleva consigo, sino lo poco que ha de comer.....

La pobreza muere en paz sin hacer testamento: ni cuñados ni parientes se disputan sus bienes.....

La pobreza que se angustia y desea riquezas, siempre vive afligida: para ella no hay consuelo.

La pobreza anda ligera: vive alegre y sin ceño: en todas partes es peregrina: no quiere llevar nada á cuestas.....

La pobreza, gran monarquía, domina el mundo todo: señorea altamente cuantas cosas despreció.

La pobreza, alta ciencia de poseer despreciando: cuanto más baja sus aspiraciones, más gana en libertad.

Al verdadero pobre de profesión está prometido el supremo reino: esto dice el mismo Cristo que no puede engañar.....

La pobreza es no tener nada, no poseer nada, conceptuarse vil y reinar con Cristo después.

Entre todos los poemas de Jacopone, hay uno des-

tinado por excelencia á la inmortalidad: grito de dolor que atraviesa los siglos, inspirando á grandes pintores y músicos, arrancando lágrimas á las generaciones que fueron y son, porque nunca aparece la musa de Jacopone más humana que en la divina elegía del *Stabat Mater* de la Cruz (31). Pues bien: la misma mano que diseñó la trágica figura de la madre viendo con sus ojos el suplicio de su unigénito, la retrató en el primer instante de maternal ventura.

« Esta obra incomparable, — dice el tantas veces citado Ozanam, refiriéndose al *Stabat de la Cruz*, — bastaría á la gloria de Jacopone; mas al par que el *Stabat* del Calvario, quiso componer el *Stabat* del pesebre, donde aparece la Virgen madre en todo el júbilo del alumbramiento. Escribiólo en igual metro y cantidad de rimas: de suerte que cabe dudar un instante cuál fué el primero, si el canto de dolor ó el de alegría. Con todo, la posteridad escogió entre estas dos perlas semejantes, y conservando amorosamente una, dejó enterrada la otra. Creo inédito aún el *Stabat Mater speciosa* (32), y cuando pruebo á traducir alguna estrofa, siento evaporarse el encanto del idioma, de la melodía y del antiguo candor (33). » Con harto más motivo que el docto escritor, tememos al trasladar del latín al castellano las siguientes:

Estaba la hermosa Madre, llena de gozo, al lado del heno, donde yacía el niño.

Henchida el alma de serviente alegría y regocijo penetróla el júbilo.

¡Oh cuán contenta y venturosa se halló la inmaculada Madre del Unigénito!

¡Quién no se alegraría de ver á la Madre de Cristo en tal recreo!

¿Quién no compartirá su gozo, si contempla á la Madre de Cristo jugar con el Hijo?

Por los pecados de su raza, vió á Cristo en compañía del jumento y sujeto al frío riguroso.

.....
En pie estaban anciano y Virgen, mudos y sin voz, atónito el corazón.

Ea, Madre, fuente de amor, haz que sienta contigo, que pruebe tus ardientes afectos.....

.....
Al morir mi cuerpo, haz que goce el alma la visión de tu Hijo.

Cotejando ambos *Stabat*, ocurre la idea de que, sin género de duda, el del pesebre es el segundo, y el de la Cruz le sirvió de modelo. Nótase en el de la Cruz inspiración más sostenida; el raudal de poesía brota de una vez, el pensamiento, entero, firme y brioso, se remonta con soberano empuje hasta las más eminentes cimas de la sublimidad trágica. Si bien en el del pesebre hay toques y pinceladas gratas y tiernas, no deja de advertirse cierta presión impuesta por la necesidad de ajustarse á giros y combinaciones propuestas de antemano. Compárese el apóstrofe desgarrador en el *Stabat de la Cruz*: « ¿Qué hombre habrá que no llore, si ve en tal tormento á la madre de Cristo? » — Casi pierde todo su vigor en el del pesebre, cuando invirtiendo el sentimiento exclama: « ¿Quién no se alegra de ver á la madre de Cristo en tal recreo? » — Mas no por esto es indigno de estimación el segundo *Stabat*, ni hay causa para negar que sea Jacopone autor de ambos (34). Es frecuente en el arte medioeval la tendencia á *duplicar*, á hacer pares las obras artísticas: limitado el artista á cierto número de temas, escasos los medios técnicos de que dispone,

exaltada poderosamente su fantasía por una forma particular, simbolista por religión, filósofo por lo que contempla, sujeta sus creaciones á expresar el desarrollo lógico de un asunto. Lo cual puede comprobarse en las pinturas, en los vidrios de las catedrales, en los retablos, en la imaginería de las portadas; rara vez dejan en el tríptico de hacer juego la pintura de las hojas izquierda y derecha; y se nota el hecho de que, por lo regular, haya siempre un lado muy superior en mérito al otro, como acontece con las perlas gemelas de Jacopone.

Consideremos ahora uno de los aspectos más interesantes del singular poeta tudertano; conozcámosle satírico, flagelando los vicios de su época, advirtiendo con rudo celo á un pontífice, luchando con otro, vencido al fin, y humillándose penitente. Vacante se hallaba la silla apostólica por muerte de Nicolás IV, primer papa que dió de su seno la Orden de Menores, y que bajó al sepulcro agobiado de dolor por el desastre de Tolemaida y mal suceso de las Cruzadas; y duraba dos años el largo interregno, no sin daño y peligro grande de los intereses de la Cristiandad. Desde su celda seguía Jacopone con ansioso cuidado las vicisitudes de la Iglesia. No bastaba á su espíritu ardiente, á su temperamento enérgico, la serenidad de la contemplación; hombre templado para la lucha, compuesto de hierro y llama, podía domar sus sentidos, pero no sujetar los arranques de su alma fogosa. El dolor de ver á la Iglesia sola y viuda, le inspiró la célebre lamentación, primer poesía suya que tuvo influencia en los acontecimientos históricos, y que su popularidad de poeta y su ejemplaridad de penitente ayudaron á difundir:

Piange la Ecclesia, piange e dolura... (35)

« ¿Por qué lloras, noble madre? » — pregunta el poeta á la Iglesia. — « ¿Por qué tan gran dolor? » — « Hijo, — responde ella, — tanto lloro, que no puedo más : muertos veo á mi padre, á mi esposo ; hijos, hermanos y parientes perdí, y presos en cadenas están todos mis amigos. »

Si parecen recargados los colores del cuadro, acordémonos de que en Roma ardía la discordia y la anarquía reinaba, y entre los cardenales se anunciaba el cisma ya. Escondíase por entonces en la gruta de áspera montaña de los Abruzzos ulteriores un solitario, un pobre clérigo, hijo de familia oscura, en torno del cual se agrupaba un puñado de hombres deseosos de imitar su vida : él la pasaba en estrechísima celda : ayudábanle á misa por un ventanillo : comía mendrugos de negro pan : usaba cilicio, y gruesa cadena á la cintura : guardaba silencio perpetuo, y entrado en el año setenta y cuatro de su edad, preparábase á morir santamente. Un día llegó á oídos de los cardenales cómo había sido revelado á un varón justo que si no se concertaban presto para elegir papa, serían castigados por Dios en el plazo de cuatro meses. Vinieron á recordar entonces al autor de la profecía, que no era sino el emparedado solitario, Pedro de Morón, y deshechos en lágrimas pensando en sus austeridades y virtudes, unánimes le eligieron para la silla vacante. Cuando la comisión de prelados y cardenales fué á notificar la elección al nuevo Papa, vieron asomarse á la reja un anciano amojamado, pálido, erizada la barba, húmedos de llanto los ojos, hecho un espectro. Poco después aquel espectro entraba en Águila, caballero en un asno, que otra montura no quiso ; llevaban el asno del diestro, de un lado el rey de Sicilia, del otro el de Hungría.

Pesóle á aquél viejo la tiara en la venerable cabeza. Gobernó con rigidez y rectitud ; pero agobiado de temores, espantándole las responsabilidades de su cargo. Decíase continuamente á sí propio lo que Jacopone le advertía en verso :

Che farai, Pier da Morrone?

¿Qué harás Pedro de Morón? á prueba estás ahora, veremos de qué te sirvieron las contemplaciones de tu retiro. Si burlas las esperanzas del mundo, será anatema. Cual la flecha mira al blanco, así se vuelve hacia ti el mundo entero : si no mantienes recta la balanza, á Dios apelarán de tus juicios. Gran pena me dió de ti cuando pronunciaron tus labios la palabra *accepto*: palabra que puso á tu cuello yugo tan pesado, que acaso sea ocasión de condenarte. Desconfía de los beneficiados, siempre hambrientos de prebendas: tal es su sed, que no hay beber que la aplaque. Guárdate de los concusionarios, que te harán ver lo blanco negro. Si no sabes defenderte, mal año para ti.

Andaba á la sazón dividida la Orden de Menores en los dos bandos : de *zelantes* ó *espirituales*, que pretendían mantener en toda su estrechez y rigor la observancia de la pobreza franciscana ; y de *conventuales*, que pedían regla más mitigada y conforme á la humana condición. En algunos puntos, — la Marca por ejemplo, — habían sido tratados los primeros por los últimos como rebeldes y facciosos, y castigados con encierro : mas al subir al Pontificado Pedro de Morón, acudieron á él en queja, y el austero asceta los protegió y autorizó para apartarse de los conventuales y vivir como deseaban, observando los últimos ápices de la regla. Poco les duró la buena ventura, porque

muy en breve Pedro Celestino, atemorizado, ansioso de paz, bajó voluntariamente de la Silla, y entró á ocuparla el cardenal Benito Cayetano, electo papa con nombre de Bonifacio VIII. Sabía Bonifacio que los zelantes no simpatizaban con él, y recordaban y amaban mucho á Pedro Celestino : por lo cual ordenó su disolución y reincorporación en las comunidades de conventuales, removiendo al ministro general Gaufredo, jefe del zelantismo. El descontento y dolor de los perseguidos comenzó entonces á revelarse en la acogida que dieron á los siniestros rumores que acerca de Bonifacio VIII circulaban. Era Bonifacio hombre de altas prendas de inteligencia y carácter, gran canonista y jurisconsulto, puro en sus costumbres ; pero acusábanle de intrigante y ambicioso : decíase que había arrancado violentamente la abdicación de Pedro Celestino, negábase por ende la legitimidad de la elección de su sucesor, y la indignación creció al saberse que el santo Pedro de Morón había expirado prisionero en un castillo de Campania, en malsano calabozo, declarando los carceleros que á la hora de su muerte vieron una cruz de oro suspendida en el aire. Celestino pasó plaza de mártir, Bonifacio de verdugo (36). Acaeció que, cierto día, el Papa llamó á Jacopone de Todi para que le interpretase una visión : en sueños se le apareciera una campana sin badajo, cuya circunferencia abrazaba el mundo todo. Jacopone, que en cuerpo y alma pertenecía á lo que podemos llamar partido radical, la explicó así : — « Sepa Vuestra Santidad que el tamaño de la campana significa el poder pontificio, que abarca el universo. ¡Cuenta con que el badajo que le falta no sea el buen ejemplo que estáis obligado á darle! »

Entre tanto la hostilidad contra Bonifacio, — insti-

gada por los manejos de Felipe el Hermoso, — crecía en Italia, y Jacopone vino al fin á tomar parte en ella con el brazo y con la voz, con sátiras y con actos. Dos Colonnas, dos cardenales adversos al Papa, protestaron pública y solemnemente de su elección, y lo citaron por usurpador ante el próximo Concilio Ecuménico ; Jacopone firmó el acta en calidad de testigo. Al mismo tiempo su musa satírica, la que con tan vivos tonos pintaba los pecados y vicios sociales, las mujeres perdiendo el alma por galas fútiles, los preladados reposando en cómodas sillas, las monjas y los religiosos arrojando á palos del claustro á la mendiga Pobreza, se desbordó en aquellos versos célebres :

*O papa Bonifacio,
molto hai jocado al mondo...*

¡Oh papa Bonifacio, cuánto has jugado el juego mundanal! Me temo que al cabo habrás de salir perdidoso. Así como la salamandra vive en el fuego, tú hallas en el escándalo gusto y deleite. Tu lengua se desata contra toda regla religiosa, y blasfemas, despreciando toda ley. Ni monarca ni emperador se acercan á ti sin recibir cruel herida. ¡Oh avaricia criminal! ¡Sed prodigiosa, capaz de beber tanto oro sin saciarse!

Dos alusiones que en esta sátira se encuentran á la violencia de Anagni y á la muerte de Bonifacio VIII, dan á entender que habiendo sido compuesta estando Bonifacio en el apogeo de su poder, antes de la excomunión y prisión de Jacopone, hay en ella addendas de mano extraña, y no todas sus invectivas pueden imputarse al poeta de Todi. Sea como quiera, es lo cierto que el autor de la sátira hubo de refugiarse en Paestrina, villa donde se hicieron fuertes los Colonnas sediciosos : Bonifacio la tomó, hizola arrasar y edificar

de nuevo, y Jacopone fué encerrado en lóbrega mazmorra, donde, aunque cargado de cadenas, bebiendo el agua corrompida de una cloaca, temblando de fiebre, sólo la excomunión fué parte á abatirle. Poseído ya del convencimiento de que la elección de Bonifacio era perfectamente legal y canónica; sabedor de que los dos cardenales cismáticos se habian arrojado á los pies del Papa, vestidos de negro, la sogá al cuello, exclamando : — « ¡Padre, pequé contra el cielo y contra ti; no merezco llamarme hijo tuyo; por nuestros crímenes nos afliges! » — herido por el rayo espiritual, Jacopone dobló la frente. — « Absuélveme, suplicaba á Bonifacio, y tenme en prisión y castigado hasta la hora de mi muerte. » Para colmo de dolor, llega el año 1300, anúnciase el Jubileo universal, ve Jacopone pasar olas de gente que acude á Roma á ganarlos, y no puede unirse á ellas. Entonces canta su arrepentimiento.

*Il pastor, per mio peccato,
posto m' ha fuor dell' ovilo.*

Por mi culpa me echó el pastor del redil, y mis balidos no logran abrirme la puerta. ¡Oh pastor! ¿Cómo no te despierta mi gemido? Largo tiempo llamé y no me escucharon.

Soy el siervo del centurión, indigno de que entres en mi pobre morada. Basta que por escrito me absuelvas. Una palabra tuya me sacará del muladar.

Mucho ha que yazgo bajo el pórtico de Salomón, al borde de la Piscina. Gran movimiento se produjo en las aguas estos días de perdón. El tiempo corre, y aun espero me digas que me levante, tome mi lecho y me vuelva á mi hogar.

Yacía muerta la doncella en casa del jefe de la sinagoga. De peor condición es mi alma, tanto le pesa el yugo de la muerte. Ruégote me tiendas la mano y me restituyas

á san Francisco para que con mis hermanos me siente á la mesa.

Sentenciado al infierno, toco ya á sus dinteles. La Orden que fué mi madre viste de luto, y con ella su séquito. Ella quiere que tu voz poderosa me diga: — Levántate, viejo. — Entonces trocaránse las lágrimas derramadas en cántico de gozo.

El implorado perdón no vino. Un día el Papa cruzó ante la prisión de Jacopone, y hablando al través de la reja, — « Jacobo, le dijo ¿cuándo saldrás de la cárcel? » — « Padre Santo, cuando tú entres », contestó el zelante. Tres años después del Jubileo, Guillermo de Nogaret, emisario del perpetuo enemigo de Bonifacio, el rey de Francia, llega secretamente á Anagni y con ayuda de Sciarra Colonna, amotina al pueblo, allana el palacio pontificio y atropella y encarcela al Papa, que muere á poco abrumado, en su avanzadísima edad, por tratamientos que siempre serán crueles, aunque descontemos el famoso bofetón, negado por graves historiadores. El sucesor de Bonifacio VIII, san Benito XI, absolvió de las censuras á los cismáticos, y el poeta, dejando su calabozo, fué á morir en paz al convento de Collazone. Embelleció los tres últimos años de su vida terrestre la amistad de fray Juan de Albornoz, á quien, agonizando, quiso ver y estrechar en sus brazos. Jacopone pasó de este mundo la noche de Navidad, cantando cánticos. El pueblo, que le amaba, le veneró en los altares (37).

Sobre tantas y tan varias aptitudes; sobre el satírico y el moralista; sobre cuanto fué Jacopone, descuella el poeta místico. Eslo por el mismo desdén de la forma y por la impetuosidad y ardor del sentimiento. Está en Jacopone la grosería popular al exterior, cual el burdo y remendado hábito en los frailes de Ribera.

Y así como el rostro, ojos y expresión de éstos respiran idealidad, lo interno de la poesía de Jacopone es ansia insaciable y sublime, incendios amorosos tan vivos, que toda la clarifican y vuelven oro puro. Este propio encendimiento roba á la mística la serenidad y sosiego, la conciencia reflexiva que pide el arte. Si cabe una comparación profana, pero expresiva, recordaremos á Apeles, que, retratando á la hermosa concubina de Alejandro, guió diestramente el pincel mientras sólo admiraba su hermosura sin llegar á desearla, mas tan pronto como se hubo inflamado de amor por ella, la mano turbada no supo terminar la obra. El alma que apetece la divina hermosura, anda como arrebatada y fuera de sí, y aun con la posesión no puede satisfacerse, porque no es dada en la tierra; y así vive inquieta y sedienta de unirse al objeto de sus ansias, que con su grandeza la confunde, con su regalo la embriaga, con su belleza la suspende y con su majestad la abisma. Por eso falta en la poesía mística la armoniosa perfección del arte clásico; y siendo cierto que nadie como el habitante del claustro reúne aquellas condiciones exigidas por Hegel (38) al poeta, de vivir exento de toda preocupación práctica, de contemplar el mundo con mirada serena y libre y de ver como centro de las existencias, — por cima de la diversidad de intereses humanos, — al Ser único ante el cual todo parece mezquino y pasajero, y la pasión y el deseo se extinguen, en cambio, contemplación tan exaltada da á la poesía carácter más expresivo que técnico.

Puédese contar entre los poetas franciscanos á fray Hugo de Panciera, cuyas poesías se incluyeron en algún manuscrito de las de Jacopone, y á fray Salimbene, autor de un libro de versos festivos. No conociendo las obras del uno ni del otro, ignoramos hasta qué punto

se enlazan á la escuela que nace con san Francisco. Un poeta anónimo hay, que no es menos poeta por haber escrito en prosa; á saber, el autor de las deliciosas é ingenuas narraciones llamadas *Floreccillas de San Francisco* (39). Junta este libro popular gracia y movimiento dramático á unción y suavidad penetrantísimas que embelesan aun al que las lee sin propósito piadoso. Es una serie de tablas del beato Angélico, un misal cubierto de viñetas iluminadas y de místicos arabescos; pero circula al través de su estilo hagiográfico el soplo humano que distingue las obras inspiradas por el penitente de Umbria; la naturaleza sonríe en sus páginas con san Francisco predicando á las aves, ungiendo de aceite la piedra, pactando con el lobo; el corazón se alegra también con las donosas sencilleces de Junípero y los fraternales extremos de santa Clara. Otro poeta digno de mención y desconocido hasta que mano piadosa (40) lo desenterró de entre el polvo de la biblioteca Marciana, es Giacomino de Verona, el indudable predecesor de Dante. Sus ignorados poemas contienen no pocos rasgos fundamentales de la *Divina Comedia*, y prueban una vez más que el genio no nace por generación espontánea, sino retoñando de antiguas raíces (41). Claramente se sabe hoy de cuántos y distintos manantiales y arroyuelos se formó aquel caudaloso río de la epopeya antesca, y el fraile veronés no es de los que menos ayudaron á engrosarla. Á la verdad, no declara Dante haber bebido en fuentes franciscanas, mientras cita continuamente los clásicos antiguos y se confiesa deudor de los trovadores: circunstancia que puede achacarse á la impersonalidad de la poesía claustral, á su carácter menos literario que devoto, á la falta de pretensiones artísticas y científicas de sus cultivadores. El tesoro poético de los frailes, co-